

Colección Aérea Palabra

Tierra de dioses se sitúa entre dos visiones literarias, la de José Revueltas y la de Jorge Ibarguengoitia, esenciales narradores mexicanos; el primero descubriendo las motivaciones del ser humano, con tal profundidad como casi ninguno de su generación; el segundo, desmitificando las acciones humanas y llevando al hartazgo de la hilaridad sus situaciones lúdicas. Dos excelsos narradores pilares, entre otras lecturas, de donde Alejandro Aldana Sellschopp parte y escribe sus cuentos.

La última muerte

Cuento

Ti slajebalxa lajele

Lo' il a'yej

Nicolás Huet Bautista



ediciones de el animal

espacio cultural
johne sables

 FONCA



Smile

La última muerte

Ti slajebalxa lajele

Nicolás **H**uet **B**autista



Smile

La última muerte
Ti slajebalxa lajele
© Nicolás Huet
Derechos Reservados.
1ª Edición. 2001.
Editor: José Antonio Reyes Matamoros.
Impreso en México.

El contenido de este libro se puede reproducir total o parcialmente por cualquier medio siempre y cuando sirva para entender la cosmovisión de culturas distintas y complementarias.



Smile

ÍNDICE

<i>Presentación</i>	i
La última muerte	1
Ti slajebalxa lajele	1
Tsajal chuvej	25
Tsajal chuvej	25
La montada	45
Jkajlej ta vakax	45

Tierra de dioses

Se imprimió en la Editorial Fray Bartolomé de las Casas, A.C., en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, el 9 de noviembre de 2001.

La tipografía pertenece a la familia Garamond.

*Papel de portada Cambric blue de 216 gr.
para interiores bond Cultural arena de 90 gr.*

La edición consta de 1000 ejemplares.

La última muerte

Ti slajebalxa lajele

Se imprimió en la Editorial Fray Bartolomé de las Casas, A.C., en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, el 9 de noviembre de 2001.

La tipografía pertenece a la familia Garamond.

*Papel de portada Gainsborough Ebony de 216 gr.
y para interiores bond cultural arena de 90 gr.*

La edición consta de 1000 ejemplares.

Presentación

La Palabra tsotsil se potencia cuando sus autores, desde la visión interna de sus comunidades recrean algunos sucesos para convertirlos literatura.

Narrar de forma escrita es dejar la huella del acontecimiento; narrar de forma oral es agregar versiones de acuerdo al narrador, el acontecimiento se tergiversa, surge la leyenda.

Si los idiomas mayenses como el tsotsil son jóvenes en su forma escrita, y a partir de necesidades concretas sus hablantes reivindican ideas, tratamientos y sugerencias estéticas, éstas nacen por quienes ven en el mundo jkaxlanetik la fisura para una voz propia. En el plano social la literatura tsotsil escrita es otra forma de combatir el racismo soterrado y abierto, intra y extracomunitario: la leyenda deja la comunidad, el uso exclusivo del idioma en que se cuenta, se socializa en forma de libro para un disímbolo y amplio sector de lectores y oídores.

Ni duda cabe, el levantamiento del EZLN del 1 de enero de 1994 abrió puertas y ventanas al movimiento étnico de Chiapas y del país, empero mucho antes de tal

suceso, un sector de intelectuales indios tomaron como tarea buscar las formas de 'integrarse' a la dinámica social según la oferta educativa y los círculos donde la creación artística les permitía convivir e intercambiar ideas, pocos sin duda. A esa pequeña corriente pertenece Nicolás Huet Bautista: promotor cultural, investigador, coorganizador de más de tres instituciones cuyos objetivos esenciales han sido y son proveer a las comunidades indias de herramientas en el plano artístico y cultural, alimentando las propias, tarea nada sencilla ante el paternalismo: el 'buen gobernante' soluciona las demandas elementales de los pueblos indios, por un lado; por otro, derrotar la desconfianza producto del permanente engaño, del cinismo y del utilitarismo contra tales pueblos.

En el brutal proceso de 'asimilación social' el Estado mexicano ha promovido la nula utilización de los idiomas étnicos, pocos los escriben, pocos son los lectores en tsotsil, tseltal, chol; empero son lenguas vivas, actuantes en los vastos territorios de la selva y la montaña, los autores hablantes de esos idiomas al escribir en sus lenguas originales dignifican esa estructura lingüística y por tanto su arquitectura mental desde donde se observa, radica, vive, se desa-

rrolla, guarda y aguarda la visión de otro mundo: en la versión en español el autor nos narra una pequeña parte del mundo del que proviene.

Y ese mundo, si bien no nos es ajeno, sí nos descubre un conjunto de situaciones donde la interacción selva-hombre, mito-hombre y las relaciones sociales llegan al extremo de la violencia por las causas más antiguas de la humanidad: la envidia, el protagonismo, el poder, pero ahora narradas por el tsotsil Huet, vistas desde adentro.

La violencia intercomunitaria quizá ya no llame la atención de manera que el suceso violento nos impacte: es la forma, la estructura narrativa la que posee la fuerza, la unidad interna y la limpieza dramática quienes nos permiten apreciar dos paisajes esenciales: el humano y el natural, es decir, cosmovisión tsotsil plena: magia, naguales, fiestas, cantos, humildad ante lo desconocido. Cómo se transforman los estados de ánimo, los sentimientos y los personajes por un suceso que al conjunto de la comunidad la hace cambiar.

En la lógica interna de sus cuentos Nicolás Huet nos dispone para apreciar el suceso de manera atemporal: han ocurrido, ocurrieron o están ocurriendo de esa manera mágica y paralela que ofrece siempre la realidad; de la

misma manera que desconocemos qué está sucediendo en un paraje tsotsil, los tsotsiles de ese paraje desconocen cómo transcurre la vida en las grandes fábricas o, lo que nos unifica: desconocemos totalmente cómo se suceden los acuerdos contra las comunidades indias o contra el pueblo mexicano en los centros de poder y dominio donde se trazan las líneas estratégicas económicas, culturales y militares.

Hay quien ha escrito y dicho que con las herramientas literarias 'occidentales', los intelectuales indios perderán su cosmovisión, ese juicio se sustenta más en un racismo embozado que en el análisis respetuoso de la interacción cultural: Nicolás Huet utiliza muchas herramientas del cuento clásico que confieren a La última muerte unidad entre estructura y oralidad, ésta, su fuente primaria de conocimiento, el autor expone con pulcritud sus narraciones; gana el cuento como género dinámico, fortaleciéndose con la cosmovisión tsotsil.

La última muerte es un reflejo desmitificado de las comunidades como pequeños paraísos; con visión aguda Huet se atreve a tocar temas de los que somos producto como humanidad, y en el caso de la literatura, fuente permanente de tratamiento: el crimen, la organización del

mismo, la maldad despojada de su acepción judeo-cristiana, como muestra de los delgados e invisibles hilos con los que se comporta el ser humano al traves de la historia.

La última muerte contempla la enseñanza, no la moraleja, contra quienes se ha ejercido un acto violento y la respuesta de los mismos con benevolencia, pacífica, sabia: Huet no dulcifica los actos de sus personajes, éstos se ven transformados por su historia y de ahí obtienen una propuesta social: no reproducir esa violencia que, de hacerlo, tendería al infinito. La violencia militar y paramilitar que se ha ejercido contra las comunidades indígenas tiene un objetivo preciso: provocar el enfrentamiento o un pretexto para que policías y ejército ataquen a las mismas, ese objetivo se ha cambiado por una manera de promover la violencia social: desde fuera de las comunidades a los jkaxlanetik esos crímenes 'muestran el atraso de los indios', y, ¿en la sociedad mestiza cómo se castigan tales crímenes?, ¿no es acaso el mismo acto de barbarie y los kaxclanes han dado el ejemplo de la más alta crueldad entre su inmensa etnia mestiza?, ¿nos sorprendemos por el ejercicio de esas arbitrariedades cuando sabemos la manera en que los crímenes de estado al parecer quedarán impunes? No es ésta una com-

paración fácil ni una forma de excusar nada, sólo una pequeña exposición respecto del cómo y el qué esperar de un acto injusto, cobarde y alevoso donde, en el cuento que le da nombre al libro, La última muerte, el sobreviviente de una matanza perdona al ejecutor intelectual y material: el perdón está regido por una actitud de hombría para impedir la recurrencia a otro suceso sangriento, sin embargo, no se ejerce la justicia.

La magia y lo fantástico adquieren sólidos pilares en estos cuentos tsotsiles. Primero porque en La última muerte como en La montada son niños crecidos con amor y respeto los protagonistas o narradores; a su visión de niños tsotsiles integran el conocimiento adquirido por sus padres o abuelos y de ahí parten, en primera persona o en omnisciente, para contar y verse asimismos sujetos de cada historia: es la selva, son los ríos, las aves, el canto poderoso de la Palabra quienes fortalecen el ch'ulel, el alma, la esencia o espíritu desarrollados en el trabajo de niños con el que contribuyen al sustento de su familia. En Nicolás Huet existe una veta para entender el complicado mundo del 'ser niño' en una comunidad, mirando desde ese potencial intelectual cuanto ocurre en su alrededor.

En Tsajal chujej la magia de la Palabra salva al protagonista del acto vil del envidioso, del mediocre; aquí destaca lo que podemos llamar dignidad en su acepción de orgullo, por el joven aceptado como 'mayol', dispuesto al trabajo, a cargar la responsabilidad de hacer cumplir las leyes de su comunidad.

Tiene el lector en sus manos tres cuentos tsotsiles traducidos por el autor; en ellos logrará observar un complicado mundo de oraciones, festividades, actitudes, pero sobre todo, un elemento ya perdido en la cultura mestiza: el respeto y veneración a la Madre Tierra, la dadora de vida.

Para seguir la traducción le sugerimos al lector guiarse por cada párrafo, en tsotsil tuvimos necesidad de cambiar el tamaño de la tipografía para que esa orientación permitiera observar cada entrada de párrafo y equilibrar en el espacio en español lo que gana la versión tsotsil.

Por último, es preciso señalar que La última muerte es producto de la beca que obtuvo Nicolás Huet Bautista por parte del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999-2000, al tiempo que del proyecto Aérea Palabra, octubre de 1999-junio de 2000, premio obtenido por el Espacio Cultural Jaime Sabines por parte del Fondo

Nacional para la Cultura y las Artes, FONCA, para el desarrollo del octavo diplomado en creación literaria en la Escuela de Escritores del mismo Espacio.

Entre el lector al ámbito de la montaña para saber el mundo que desconocemos, o para completarlo con oraciones, cargos, pócimas venenosas y el orgullo de la Palabra tsotsil, ésta nos hará más completos, más dignos.

*Escuela de Escritores del Espacio Cultural Jaime Sabines
Sociedad General de Escritores de México.(SOGEM)*

José Antonio Reyes Matamoros.
Editor.

La última muerte

*Somos una hoja
somos una hierba
somos un bejuco
somos un árbol
sólo respiramos un rato
sólo ensuciamos
a la sagrada madre tierra.*

—Florido gran señor/ florido padre/ te suplico/ te ruego/ por tu hijo/ por tu joven/ que esté bajo tus manos/ que esté bajo tus pies/ los días que presta tu espacio/ ensucia tu tierra/ gran señor...—Con este tierno canto en los labios de mi padre, y con copal sahumaba el cuerpo de aquel hombre pálido y moreno, víctima del castigo de los dioses del cielo y de la tierra; luego con un pollo negro limpió su cuerpo para llamar y fortalecer su *ch'ulel*¹. El pequeño Andrés, hijo y acompañante del enfermo, no desvió su mirada de los movimientos del curandero. Por la mejilla de

¹Esencia o espíritu.

hombre cadavérico resbaló una lágrima, conmovidos su corazón y su alma por el poder de la palabra salvadores de su vida, él estaba seguro que su destino se conducía por el sendero de la muerte. Pero no, el viento elevó al espacio el aromático humo del copal, llevándose las últimas enfermedades, en este final de su curación; florecieron sonrisas, el paciente y su hijo se despidieron hasta perderse entre la sombra negra de los gigantescos árboles.

El sol se ocultaba entre las montañas; miles de golondrinas se entretejieron en el espacio con los rayos dorados del atardecer, acompañando la música del silencio y el cántico de los pequeños seres. Mi viejo padre con pasos firmes entró a la casa, se sentó junto a nosotros, alrededor del ardiente fuego, cenamos, fuimos a descansar y nos dormimos.

Mi padre se levantó de madrugada, salió a orinar, en el silencio de la noche, en lo alto del cielo escuchó un ruido extraño, como un pájaro gigante sacudiéndose; levantó la mirada, sin distinguir nada, sólo la sonriente luna, las estrellas fugaces, el murmullo del manso viento; luego otra vez: *kerus, krus, krus*, el graz-

nido del pájaro *ichin*², sintió escalofríos, de su rostro brotaron pequeñas gotas de sudor, se persinó. Tres veces graznó el pájaro, tres veces maldijo la cruz de la muerte. Mi padre entró a la casa con leña en sus brazos para hacer lumbre; al calor del sagrado fuego extendió las manos, muy pensativo, extraño, muy extraño, con mucha preocupación y serenidad en su mirada, como si fuera a gotear sentimientos y a brotar llamas de todo su cuerpo. Pero de repente sintió emoción, hoy es el primer día de fiesta, el *sba k'in*³ del patrono San Miguel Arcángel, donde reunimos nuestros corazones, ensalzamos y engrandecemos al gran señor protector del corazón del cielo y del corazón de la tierra, cuidador de los *Sots'il viniketik*⁴ de este pueblo: los que tenemos en préstamo el espacio, robamos aire, ensuciamos a la madre tierra. A mi pobre viejo le urgía ir a rezar a nuestro Gran Dios, estrechar la mano con sus amigos, tomar una copa de *pox*⁵ en la gran celebra-

²Lechuza.

³Primer día de fiesta.

⁴Hombres murciélagos.

⁵Aguardiente.

ción. Decidió despertar a su inseparable compañera de vida.

—¡Oye mujer! Levántate, levántate, ya es tarde.

Mi madre se levantó temblando de frío, antes de comenzar sus quehaceres se acercó al fuego para calentarse. También se levantó mi hermano Sebastián y mi hermanito Manuel se despertó, el último retoño de mis padres, por eso se llama igual que mi papá; es el verdadero *k'exolal*⁶, el pequeño heredero de poder y sabiduría. Mi padre miró fijamente a mi madre, le comentó.

—Oye mujer, cuando estaba afuera graznó el pájaro *ichin*, me asustó mucho, estaba yo muy distraído.

—¡El *ichin*!... ¡Hay Dios mío! ¡Dios mío! ¿Quién será que va morir? Ya tiene tiempo que no habíamos escuchado a ese pájaro maligno.

—Papá, ¿el *ichin* es el mensajero de los dioses del mal? —pregunté, muy atento a su respuesta.

—Sí hijo, es el anunciador de la muerte... pero qué bueno que ya se levantaron, ayuden a su madre

⁶Hijo menor que sustituye al padre.

para que no lleguemos tarde a la procesión de nuestro Santo Patrono, me urge estar junto a nuestro Dios, sentirme feliz.

Mi hermano Sebastián, obediente como siempre, empezó a moler el pozol mientras mi madre hacía tortillas; en unos momentos desayunábamos para irnos felices y barrigones a la fiesta; pero nuestra alegría acabó cuando del fuego brotaron chispas muy fuertes, gajos de lumbre azul-dorado que señalaban a mi pobre viejo.

—¡Oh Dios, Señor! ¿Quién vendrá a verme? Este aviso es mensaje de visita; pero es demasiado fuerte, puede significar otra cosa —dijo mi padre sorprendido. Reapareció su preocupación, su mirada triste, no terminó de comer.

Mi madre, apurada, siempre apurada por vernos presentables y alegres, no es amante de la habladería, para ella el trabajo es pesado, pero es parte de la vida; en su juventud pensó muy bien antes de unir su destino al de mi padre. Él era el joven y guapo, elegante mensajero de la palabra. Sacó de una canasta las ropas limpias para la fiesta; al poco rato estábamos

bien vestidos, elegantes. Don Manuel, mi padre, con *camisa blanca bordada de estambre azul oscuro*, de la que resaltaban figuras de cruces, flores y aves; su calzón de algodón como un gran pañal; su ancha faja roja cuyas puntas colgaban a cada lado de sus piernas, casi tocando la tierra, se distingue como uno más de los verdaderos hombres *sots'iletik* de este pueblo, símbolo de poder y de hombría; su sombrero de palma de alas anchas en forma de comal y al hombro su chamarra negra bien doblada, a los pies sus viejos huaraches. Así vestíamos Sebastián y yo, con nuestro traje bien blanco, las fajas rojas como mi padre, muestra de dignidad.

Mi madre con blusa y toca blanca, enagua azul oscura, a su cintura una faja de lana pintada de rojo, su cabello adornado con su *chujol*, pareciera un geranio en flor, pero descalza.

Tomamos el camino al jteklum⁷. Mi padre caminaba adelante, guiador de nuestro sendero y de nuestra vida; yo agarrado a su mano y atrás Sebastián, luego mi madre con el pequeño Manuel sobre la espalda. Avanzábamos bajo la fresca sombra de los

⁷Pueblo.

grandes árboles, todo verde, verde, adornados entre flores, nuestros pasos acompañados por los cantos de las pequeñas aves que vuelan de lado a lado y sus miradas alertas al vernos pasar; en su zigzagueo un colibrí casi choca en el rostro de mi padre; nuestras fajas se confundían entre los colores de las flores, cruzamos montaña tras montaña, arroyos; sonreíamos, carcajeábamos porque era el primer día de la fiesta; florecían nuestros corazones de alegría.

En el camino fueron apareciendo más familias, contentas igual que nosotros, las mujeres entre sus brazos llevaban flores rojas, blancas y amarillas, un adorno más en sus trajes multicolores. Al acercarnos al pueblo caminábamos en procesión entre mujeres, hombres y niños.

Al pisar las primeras piedras de las calles del *jteklum*, mis padres consiguieron el alimento de nuestro señor; se escuchaba el tronar de los cohetes y la música; cerca de la iglesia comenzó el tan, tan, tan de las campanas, justo cuando llegamos. Los sacristanes⁸ del pueblo comenzaron a tocar tambores y flautas, fuimos

⁸Personas quienes tocan el tambor y flautas.

recibidos como pequeños dioses de la tierra. En las gradas del templo, en fila, estaban sentados los funcionarios religiosos: alguaciles, alféreces, capitanes, alcaldes, regidores y menores, todos luciendo sus trajes ceremoniales y amarradas a sus cabezas una cinta roja y negra, símbolo de los prestigiados *kuch j-abtel patanetik*⁹. Todos platicaban, algunos con copas de *pox* en la mano, otros fumando tabaco, cuyo olor se confundía con la fragancia de la juncia verde. Reinaba felicidad entre ellos, tal como lo ilusionaba mi padre, quién al pisar la alfombra verde saludó al primer funcionario que llegó a toparse con él:

—*Tote tzatz' tote, chavauke, sob ikliman kuxlej tote*¹⁰
—dijo e inclinó su cabeza a la altura del pecho del viejo alcalde.

El carguero, sereno, hizo lo mismo y contestó:

—*La' tote, satz' tote, muk' xana'uke, sob ikliman kuxlej tote.*¹¹

⁹Los que ocupan un cargo religioso: cargueros.

¹⁰Padre, gracias a la vida, la vida es temprano, padre, quién no pudo, quien no supo, padre te doy las gracias.

¹¹Bienvenido señor, que esté bien y fuerte nuestro señor, en verdad el dador es Dios.

Seguimos adelante, mi padre pedía permiso y los viejos *jkuch abteletik* se hacían a un lado, ya en la puerta, antes de entrar al misterioso templo nos persi-
namos hacia las cuatro direcciones de la tierra, los cua-
tro pilares del universo. Ahora sí estamos junto a los
dioses, en el paraíso de llantos, murmullos y palabras
floridas brotando de los labios y corazones de los in-
dios huixtecos; entre rosas, alcatraces blancos, gera-
nios y crisantemos, incienso y velas; lugar donde se
entregan sufrimientos y alegrías. Nos dirigimos al pie
del gran Dios blanco vestido con trajes extraños, con
alas anchas como queriendo volar al cielo; le entrega-
mos nuestras humildes ofrendas y fueron bien acepta-
das, vimos cómo en unos instantes fueron consumidas
por nuestro gran protector. Después salimos.

Sonaban tambores y flauta con ímpetu; los al-
féreces, alguaciles y capitanes bailaban frente a frente
en columnas de cuatro en cuatro, sus pies y cuerpos se
sacudían al ritmo de la música y de los cascabeles de
sus trajes de gala; pasamos con mucho cuidado para
no interrumpir el ritual. A mi padre uno de los funcio-
narios le invitó el primer trago de *pox*, y fue llevado

junto a los guardianes de la palabra, se sentó entre los cargueros, nosotros buscamos un espacio entre la multitud.

Mi padre sonreía y conversaba con sus viejos amigos, bebía *pox* y fumaba tabaco; nunca lo había visto tan feliz; y con razón, estamos en el pueblo junto a los dioses.

Después del baile ceremonial todos se levantaron, se persinaron y se retiraron del lugar; mi padre se despidió, con pasos lentos caminó entre la multitud, su gran sombrero se movía de un lado a otro rompiendo espacio entre la gente, unos con trajes limpios y elegantes, otro sucios, harapientos y descalzos, pero todos disfrutaban la gran fiesta. Entre plática y saludos corrió el tiempo.

Ahora el sol en medio del gran manto azul del universo. De nuevo repican las campanas. Los sacristanes comenzaron a tocar sus tambores y flautas. En la puerta de la iglesia asomó el rostro de la imagen del patrono San Miguel, bien adornado, parado en una cama de madera, sostenido por los hombros de cuatro cargueros, que se tambaleaban al bajar las gradas. Los

indios *sots'iletik* se aglomeraron para acompañar al santo protector en aquellas calles tejidas de piedras anchas. Con rezos, cantos, música, flores, velas, incienso y cohetes caminamos por todo el pueblo, la cabeza del Dios blanco casi chocaba con la techumbre de las casas, escoltada por banderas de diferentes colores. El tronido de los cohetes parecía partir la tierra, el tan tan de las campanas seguía, seguía y seguía. Así caminamos calle tras calle.

Por fin regresamos a la iglesia, agotados, sudorosos. A los sacristanes pareciera pesarles las manos, hacían grandes esfuerzos por seguir tocando los tambores. La imagen del patrón, sonriente, disfrutaba su ceremonia, lo acompañamos hasta su lugar en el templo. Otra vez mis padres lloraron y rezaron como llenos de culpa y de sentimientos, siempre pronunciaban "Dios mío, danos vida, cuídanos"; pidieron mucho por nuestra vida. Nos despedimos del Santo patrono, besamos su rostro, su traje brillante y salimos. Nos dirigimos cerca del cabildo, en una de las aceras nos sentamos juntos, veíamos a alguaciles, alféreces y capitanes correr al galope de los caballos, pobres animales,

se quejaban, corrían y corrían ofreciendo a los dioses sus esfuerzos; todo era hermoso.

En las cantinas la muchedumbre bebía *pox* y cervezas, ahí estaba un viejo canoso, ojos negros, cejas paradas, moreno, de carácter fuerte, de nombre Pedro Ok'il, a su lado otro hombre, más joven, nos veían de reojo, parecíamos extraños en el pueblo. Al acercarme a ellos alcancé a escuchar algunas palabras:

—Compadre, ya viste quién está aquí, el viejo brujo, el malvado, el *pukuj*¹² —expresó el señor.

El más joven volteó su rostro hacia mi familia.

—Aaah, sí compadre, está muy feliz —contestó.

Siguieron tomando *pox*. Después de un rato platicaron de lo mismo.

—Compadre, el pinche viejo es muy fuerte, es terrible su *ch'ulel*, domina a todos los naguales del pueblo. Me he topado con él en las montañas, en lo alto del cielo; hemos probado nuestros poderes pero siempre me vence, puede convertirse en viento y rayo, conoce mucho el camino del espacio, siempre viaja a la tercera capa de las nubes. Cada vez que lucho con él o

¹²Demonio.

libero el *ch'ulet* de un paciente, me deja casi muerto, creo que algún día me matará ese maldito, es famoso y buscado, cura todas las enfermedades, también cuando hace maldades puede matar, es muy malo, ha matado mucha gente: a nuestras familias, nuestros hijos; es el principal culpable de las muertes en este pueblo.

—Sí, tienes razón, todos dicen que es malo; pero ¿qué podemos hacer con los señores intocables de este mundo?, esos señores hablan con los dioses y tienen la libertad de hacernos daño —dijo el amigo.

Don Pedro acercó su boca al oído del más joven, solamente movían la cabeza, cuchicheaban, a rato el amigo alzó la voz.

—Está bien, don Pedro.

—Así me gusta, que mi compadre sea hombre ¡salud!

—Salud.

Después se levantaron y desaparecieron entre la gente.

Estos hombres platicaban de otra persona. Mi padre tiene espíritu bueno, cura mucha gente, su boca

siempre pronuncia palabras buenas; además es muy respetado, mejor hay que ver la fiesta.

Más tarde regresamos a la casa; lleno de orgullo y felicidad, igual que en la mañana, en el camino alcanzamos a algunas familias y las rebasamos; ya en la casa no quería quitarme la faja y la ropa limpia, se veía empobrecida mi alegría.

Llegó el día esperado, por la tarde Pedro Ok'il descolgó su vieja escopeta, la limpió varias veces, le puso mucha pólvora y municiones. Después afiló su gran machete; lo colgó junto a su escopeta. Al terminar de cenar, cargó sus armas y su morral, se internó entre las montañas y como viejo fantasma vagó por la serranía, plas, plas, plas se escuchaban sus pasos al pisar las hojas muertas, iluminaba el camino con su vieja afocadora, llegó a un lugar donde alumbraba con más ganas la claridad de la madre luna. Se sentó bajo un frondoso árbol y prendió un cigarro, mientras fumaba acariciaba sus bigotes y sus cabellos.

De diferentes partes de la serranía bajaban más personas, en un instante se acercó uno, apagó su afo-
cadora y dijo:

—Señor, ¿ya estás aquí?

—Sí, que bueno que ya llegó, ¿A quiénes más invitaste? —respondió don Pedro con voz ronca.

—Solamente a José Vázquez, no tardará en ve-
nir.

—Bueno señor, esperamos un rato, tal vez por
ahí vienen bajando. Yo también convencí a dos, ahorita
ta los conocerás.

Primero llegaron los invitados de don Pedro,
enseguida su convencido de Martín. Se juntaron cin-
cos personas, don Pedro expresó:

—Que bueno que ya llegaron señores, acomó-
dense, sentémonos a platicar.

Todos buscaron su lugar, uno quedó de pie,
parecía sostener el frondoso árbol que les cubría de la
mirada de la madre luna, con sus viejos fusiles a la
espalda fumaban y bebían *pox*, el murmullo de las pa-
labras se desvanecían con el ruido de las hojas y el
viento, las fugaces luciérnagas confundíendose miste-

riosamente con la lumbre de los cigarrillos. Pedro Ok'il tomó la palabra.

—Que bueno señores que estén con nosotros, aquí está don José Vázquez, Sebastián Ok'il, Nicolás Moxan y Antonio Huet. Saben que en esta tierra desde hace varios años hemos sufrido, ¿cuántos niños se han muerto?, ¿cuántos de nuestras familias han desaparecido? es culpa de algún compañero, por un señor, sabemos quién es, el viejo Manuel Bolom, él nos ha hecho mucho daño. Por eso creo que es necesario darle fin a estas maldades ¿Cómo ven, señores?

—Tienes razón compadre. Señores es cierto, existen personas de corazón fuerte, quienes solamente maldades hacen, yo desde hace tiempo estoy esperando que le den su merecido, pero parece que no hay hombres, no existen valientes en este lugar, por eso se jactan y son intocables —expresó José.

—Tú Antonio, ¿qué dices? —preguntó don Pedro. Antonio prefirió callarse, temblaba su corazón, aprovechó para tomar otra vez de la botella, después expresó:

—Miren señores, a mí nadie me ha hecho daño, tampoco soy Dios para castigar a un compañero sin saber qué hace, qué piensa, realmente no sé qué decirles.

—Mira señor Antonio, tú estas con nosotros, no se vale traicionarnos; tú tienes que acompañarnos, si no primero te eliminamos ¿Verdad señores? —amenazó el viejo Ok'il. Antonio aceptó contra su voluntad.

Esa misma tarde el corazón de mi padre fue invadido por sentimientos. Nos platicó que una noche antes convivió con su *ch'ulel* y con sus seres desde muchos años atrás desaparecidos y estuvo dialogando con los dioses de la muerte. Casi llegaba la noche cuando asomó su amigo Martín, llegó para ponerse de acuerdo en la salida a la finca Cuxtepeques, la fiesta lo dejó sin ningún centavo y tenía que recuperarse trabajando en la Concordia. Al ver a su amigo mi padre se alegró mucho, comenzó a platicar y platicar de sus sueños, de la fiesta, de los trabajos, así llegó el alto grado de la noche y olvidó sus preocupaciones y sentimientos.

Afuera, José Vázquez y Sebastián Ok'il espían nuestra casa, en unos momentos regresaron con su grupo.

—Llegó el tiempo señores, tú, Antonio, te diriges atrás de la casa; tú Sebastián a mano derecha; tú Nicolás a lado izquierdo; José y yo en la puerta. Caminen, no tengan miedo, traten de no hacer ruido, si alguien quiere escapar hay que seguirlo y tirarle, son cinco personas, nos toca una a cada uno; bien saben: el que falle también arriesgará su vida—. Caminaron lentamente rumbo a la casa, bañados de rocío de la noche, pasaron el pequeño arroyo que dividía el monte, se separaron a los lugares señalados, cruzaron sigilosamente el campo que alegraba la casa. Se aproximaron más, más y más, escucharon claramente la voz del viejo Manuel. Eran las doce de la noche, con más ímpetu avanzaban listos para descargar el coraje y el odio de muchos años; don Pedro y José a unos pasos de la puerta bajaron sus fusiles a la altura de sus pechos, listos para jalar el gatillo, el viejo Ok'il movió la cabeza, en dos brincos llegaron hasta la puerta y la empujaron con mucha fuerza:

—¡Épale, cabrones!

Mi padre quiso ponerse de pie, al momento recibió una descarga de fusil en pleno pecho; alcancé a ver cómo se desplomó frente a la vieja cruz. Don Martín logró escapar empujando a los asesinos; escuché los gritos atrás de la casa: “échale, síguete, dale, no lo dejes escapar”, tronaban y tronaban balazos. Mi madre llevaba entre los brazos a mi pequeño hermano, corría y corría por todos lados, lloraba, gritaba incesantemente. Los machetes zumbaban en el aire, el viejo Oké logró pegar un machetazo a mi madre, comenzó a bañarse en sangre pero siguió luchando por su vida. En una de las esquinas de la casa escuché el grito de mi hermano Sebastián, destrozaban su cuerpo como si cortaran un trozo de leña. Otra vez el viejo Pedro alcanzó de un machetazo a mi madre, cayó boca abajo con su pequeño hijo, cubriéndolo con su cuerpo como una gallina cubre sus polluelos contra el frío. Los quejidos fueron desvaneciéndose poco a poco. Miré cómo destrozaban el cuerpo de mi madre sin compasión, por diferentes partes volaban pedazos de carne, el filoso metal regaba sangre por todos lados. Mi mente

recordó el *kerus*, *kerus* del pájaro *ichin*, el mensajero de la muerte; mis ojos veían brotar la gran chispa azul-dorado del sagrado fuego, como la vi con mis padres en la mañana del *sbak'in* de nuestro Santo Patrono. Pedro Ok'il se acercó a mí, vi el gran metal que se levantaba en el aire regándome sangre, le rogué llorando que no me golpeará... de pronto el golpe sobre mi cabeza, me invadió la obscuridad del *osil balamil*¹³. La chispa dorada del sagrado fuego poco a poco se fue apagando en mis ojos, el graznido del pájaro se fue alejando de mí.

En la puerta asomaron Sebastián y Nicolás. Al ver la casa en silencio, llena de sangre y muerte, sus odios acumulados fueron convertidos en alegría; verificaron que no existieran señales de vida; con pasos agigantados salieron y cruzaron el campo, hasta ocultarse en el cobijo de la obscuridad de la montaña.

En mi casa todo era silencio, cuerpos destrozados, sangre, más sangre; de un manojito de lumbre salía humo que dibujaba figuras en el vacío. Afuera el susurro de los pequeños animales nocturnos, el rugir

¹³ El universo

del viento enfurecido jugando con la claridad de la luna.

De repente escuché un pequeño suspiro, el gemido de un niño parecía ocultarse bajo la tierra, cerca del fogón, traté de mirar, era en vano, no distinguí nada, pero escuchaba que algo se movía; el quejido se convirtió en llanto incesante. El dolor me invadió, solamente escuché cómo se arrastraba mi pequeño hermano en diferentes lados; de pronto se quedó callado, vencido por el cansancio, sosteniendo su pequeña cabeza en el cuerpo de mi padre.

Toda la noche mi palabra fue robada por los dioses, solamente mis ojos atestiguaban; el tiempo fue muy prolongado, miré la claridad de la luna desvanecerse poco a poco, sentí el intenso frío de la madrugada.

Floreció el alba, como cualquier día que acostumbrábamos salir y visitar a los pacientes de mi padre. Sólo el arruinante silencio; atrás de la casa el *ts'ik, ts'ik, ts'ik* de las pequeñas aves jugando entre las paredes, un poco más allá entre los árboles un pájaro de cuatrocientas voces alegre su canto. Mi pequeño her-

mano se despertó, sin derramar lágrimas, tal como un niño educado y alegre; empezó a jugar el cuerpo de mi padre, la sangre muy roja como el color de su faja cuando caminábamos al *jteklum*, a la fiesta, pero al verlo no despertar lo dejó en paz, con la fuerza de sus manos se arrastró al cuerpo de mi madre, acariciaba los pedazos de carne y jugueteaba la sangre, en unos instantes parecía un pequeño monstruo asesino, rojo, bien rojo su cuerpo, su ropa y su cabello, al mismo tiempo llevaba a su boca coágulos de sangre y la comía, ¡ah, el mísero de mi hermano estaba hambriento!

Alguien se acercaba, escuché sus pasos. Se asomaron rostros a la puerta, unos los conocí en la fiesta del *jteklum*, otros muy extraños, con ojos sorprendidos miraron los cuerpos, los movían, en medio de la gente reconocí a mi tío, lloraba inconsolable. Un desconocido abrazó a mi pequeño hermano, lo dio a mi tío, escuché, “llévenlo, escóndanlo, no lo dejen sufrir más al pobre pequeño”, lo vi retirarse con él llorando. Los señores se acercaron donde yo estaba tirado, me miraban tristes, resbalaban lágrimas en su rostro; uno de ellos dijo: “¡mira cómo se mueve su

cerebro del pobre niño, quién sabe si vivirá!”, entonces me sacaron, y de mi hermanito nunca supe nada.

Ha pasado mucho tiempo, tiempo que me ha devuelto el *ch'ulel* y la sabiduría de mis padres. Estoy en otro *sba k'in* de nuestro santo Patrono, luciendo el traje limpio de mi padre, su faja ancha y roja bien ajustada a mi cintura, cuyas puntas casi tocan el suelo, símbolo de la sinceridad de la palabra y de la dignidad. don Martín me la entregó hace mucho.

En las gradas del templo un pobre viejo sentado, pareciera doblarse en dos, sí, Pedro Ok'il.

Caminé hacia el anciano; al acercarme a él se apoyó en su bastón, apenas logró ponerse de pie, lo saludé con el gran saludo de nuestro pueblo, me preguntó amablemente:

—¿Quién es usted, señor?

—Me llamo Miguel Bolom, hijo del finado Manuel Bolom.

El anciano respiró con ansiedad; con pasos sigilosos dio media vuelta, caminó con dificultad rumbo a donde se oculta el sol... Durante veinte años he robado el aire en este espacio, he ensuciado la madre

tierra, el esplendor de la palabra me ha fortalecido, aprendí del rugir del viento y del canto de las aves que el respeto a los pequeños dioses de la tierra es más poderoso que la venganza.

Tsajal chuvej

Florido j-abtel jpatan

Florido señor

Sean consagradas

Sean veneradas

Tus trece flores

Tus trece palabras.

El orgullo tsotsil es poderoso. De mi casa al pueblo la tierra cubierta de cristalina helada; en las alturas el viento jugaba con los árboles, se mecían de un lado a otro, parecían acariciarse. En el solitario camino rompí el hielo con mis pies descalzos, el frío calaba mi esencia; debía entregar un poco de *moy* y *pox* a los poseedores de la palabra, a los guardianes del pueblo, deseando de todo corazón asegurar el cargo de primer *mayol*¹⁴. Se aproximaba el tiempo de cambios de los *j-abtel jpatantike*¹⁵, los abrazadores y cargadores de la Sagrada Tierra, quienes sirven a nuestra sociedad y a nuestro pueblo

¹⁴ Primer cargo de la escala religiosa en el pueblo de Huixtán, Chiapas.

¹⁵ Así denominan los tsotsiles de los altos de Chiapas a una persona que ocupa un cargo religioso.

durante un año, los llamamos cargueros. A cada paso vi nacer los rayos solares entre las ramas de los gigantes pinabetales, la helada es vencida por el calor del día, se deshacía, cayendo al suelo en gotas gordas, unas me mojaban; intensa la helada invernal; poco a poco el calor, latió con más fuerza mi corazón, brotó el sudor de mi cuerpo. Caminé del sueño a la realidad.

En lo más alto de la cima divisé el centro ceremonial del pueblo, las sobresalientes bóvedas y la cruz en lo más alto de la iglesia, rodeada de viejas casas con techos de teja de los *pale jkaxlanetik*¹⁶.

Con ligereza avancé por la vereda entre las montañas; ya a la orilla del *jteklum* encontré una de las cuatro cruces que resguarda y protege a nuestro pueblo, me hiqué y persiné ante ella, así me enseñaron los viejos moradores de los *sots'il viniketik*¹⁷ de esta tierra.

Por fin caminé en las calles. Fui a ofrecer mis trece palabras y mis trece flores al gran Señor San Miguel Arcángel, a rogarle para que me concediera la

¹⁶Así se le dice a los mestizos.

¹⁷Hombres murciélagos.

petición que he solicitado, y mi cuerpo y mi alma sean fortalecidos, al igual que los de mi compañera. El gran señor me concedió su gracia, supo de mí, tiene buen corazón el *jnichimal muk'ta totik*¹⁸

Ahora sí, me dirigí al recinto de los guardianes del pueblo, ¡ahí estaban los ocho Señores sentados en el corredor del cabildo! Todos vestidos con sus *bats' vexik*¹⁹ y sus enormes chamarras negras en los hombros, se cruzaron nuestras miradas, se tejieron nuestras palabras escucharon nuestras voces a través del saludo *muk'ta pat o'nton*²⁰, se estrecharon nuestras manos ásperas, las de ellos las llevé a mi boca y las besé con mucho respeto, di unos pasos atrás, me coloqué al frente, con mucho respeto expresé mi deseo a través de un cántico discurso, ofrecí mi *pox* y *moy* al más viejo, el primer Alcalde. El anciano se puso de pie con la botella y los cigarros en la mano, consultó la palabra de su corazón y la palabra de los demás, expresó:

—Perdonen Ustedes Señores, *j-abtel jpatanetik*, consejeros de nuestro pueblo, ya escucharon, ya perci-

¹⁸Sagrado Gran Señor.

¹⁹Traje huixteco de uso diario.

²⁰Saludo para los principales.

bieron, el joven-señor Manuel Hernández nos entrega un cigarro, un poco de aguardiente, él solicita ser primer *mayol* durante un día, durante un año ¿qué dicen señores?, ustedes tienen la palabra.

Otro viejo inmediatamente se puso de pie, el más pequeño, de cuerpo fortalecido, su cabello blanco como las nubes que corren en el espacio, en su rostro las huellas del tiempo, en tono muy severo se dirigió a los principales:

—Miren señores, queremos que el joven y su humilde compañera demuestren la pequeñez de sus corazones, la sinceridad de sus palabras, la bondad de servir al pueblo, cumpliendo con su deber como verdadero hombre. Si es así, bienvenida su palabra, bienvenido sea su corazón; y sea fortalecida su grandeza, su espíritu, por un año de abrazar y cargar a nuestro pueblo, a nuestra sociedad se sufre, habrá dolor y pena, ya en unos días cambiarán nuestras flores y cambiarán nuestros corazones.

El viejo Alcalde puso sobre la mesa la botella de *pox* y el *moy*, aceptaron mi obsequio.

Fui invitado a aquel gran banco de madera, asiento de principales del pueblo, junto al de los cabellos canosos, rodeamos la vieja mesa color a historia ya era el *j-abtel jpatan*, el primer *mayol* del pueblo, aunque el más miserable, el que siempre vagó por las montañas, maltrató de sol a sol a la madre tierra para conseguir el sagrado alimento, por eso serviré al semejante, al pueblo; cuidaré y ensalzaré a la sagrada tierra, al padre sol, a los sostenedores y cargadores del *os balamil*²¹.

A la puertas del recinto asomó un viejo *jkaxlan*, de cabellos canosos y mal peinado, anteojos negros y destartalados como él mismo, de pantalones y camisa sucia, en su rostro reinaba preocupación, era el secretario municipal, don Heladio Ortega, el descuartizador de indios, los destaza sin compasión para averiguar las causas de la muerte, él ha impuesto su ley contra nosotros los *bats'i viniketik*; ley de los *pale jkaxlanetik*, él ha envejecido frente a viejas máquinas, registrando recién nacidos, casamientos y muertes; llamó al Alcalde con una seña. El carguero se puso de pie, ca-

²¹El universo.

minó hacia él, platicaron un momento. Regresó el Alcalde y dijo:

—Señores funcionarios, guardianes de nuestra tierra, hagan el favor de levantarse, acompañaremos al señor secretario, hoy en nuestro pueblo reina desgracia. También usted primer *mayol* nos acompaña —me dijo.

—Está bien señor alcalde, con gusto los acompaño— guardé mi regalo en la vieja red que llevaba bajo mi brazo, entusiasmado me integré al grupo, debía aprender y acostumbrarme a mi cargo. Caminamos en fila rumbo a *Patajil*²², el primer alcalde nos guiaba apoyándose con su bastón para vencer aquella vereda inclinada, el *jkaxlan* atrás de él con un pequeño maletín en la mano, el frío viento del día refrescaba nuestra andanza, después de mucho caminar, de pronto escuchamos un lamento entre los tupidos robles, a cada paso se oía mejor, una señora de rodillas lloraba al lado de un hombre ensangrentado, tirado en el pasto, al vernos la pobre lloró con más ganas, gritando:

²²Nombre de una localidad en Huixtán, Chiapas.

—Señores, mataron a mi pobre viejo, no sé por qué lo hicieron, él es de buen corazón, no tiene enemigos —alzó su rostro, bañado en lágrimas, su cabello alborotado, su blusa y enagua azul desgastadas, sucias y rotas, se distinguía claramente el triste cuerpo de la pobre señora, era doña Petrona. Mi corazón sintió la desgracia y la miseria de mi pueblo.

—¡Es don Alonso Pérez!, si apenas lo vimos pasar frente al cabildo, pasó saludando —dijo el viejo carguero.

Alcalde y secretario se agacharon, examinaron el cuerpo, lo movían de un lado a otro, boca arriba y boca bajo, el de cabello alborotado con ojos saltados señalaba las heridas y anotaba en su desgastada libreta. Después recalcó con voz enfática:

—Señores, son treinta y dos puñaladas que recibió don Alonso.

Con la toca blanca de la anciana cubrieron el cuerpo, el Alcalde me ordenó servir una copa de *pox*, así comencé mi trabajo, sirviendo trago para los presentes; la mujer bebió con ansiedad para fortalecer su alma deshecha. Inmediatamente construyeron una cami-

lla de madera, ahí pusieron el cuerpo. El viejo funcionario nos llamó a cuatro de los más jóvenes.

—Tú, ya como *mayol*, ayuda a los compañeros, hay que trasladar el cuerpo del difundo Alonso a su casa — me ordenó con firmeza.

—Con gusto, señor Alcalde —respondí observando al *jkaxlan*.

El día es vencido por la tarde, el cadáver balanceándose entre los hombros de cuatro cargueros, el trapo blanco se teñía de rojo, escurría sangre en nuestros cuerpos, caminamos con él bajo los exuberantes árboles, acompañados con el llanto de la pobre anciana y el silbido del viento. Al llegar a su casa fuimos recibidos con la intensa oscuridad, escoltados misteriosamente por el brillo fugaz de las luciérnagas. Parecíamos una fila de almas vivientes entrando en *xibalba*²³ a rendir cuentas a esos dioses; así llegamos a la casa de don Alonso, en medio de la habitación extendieron un petate viejo, ahí pusimos el cuerpo. Al rato,

²³En la cosmovisión maya es el inframundo, lugar donde habitan los dioses de la maldad.

en la oscuridad, fueron asomándose familiares y vecinos; la casa se convirtió paraíso de llantos.

El viejo *jkaxlan* pidió claridad, poco después aparecieron antorchas sostenidas por hombres; mujeres y niños rodearon al difunto, en sus mejillas escurrían lágrimas, las ancianas lloraban a gritos desesperados, el dolor y la tristeza reinaba en sus esencias. El secretario se puso de pie, caminó hacia Alonso, destapó el cuerpo, desvistió el cadáver, pidió una copa de trago para darle fuerza a su corazón, de su viejo maletín sacó un cuchillo, lo limpió varias veces con un pañuelo rojo, con el arma en la mano hizo la señal de la cruz rozando ligeramente el cuerpo, comenzó a cortar sin compasión, en poco tiempo, con las manos llenas de sangre sacó los últimos intestinos; la casa fue invadida por olor a sangre, me pareció un verdadero mal sueño, se crispaba mi cuerpo de miedo, por primera vez veía tal suceso. Heladio Ortega sudaba cumpliendo su deber acompañado con tragos de *pox*; después introdujo los intestinos al interior del cuerpo del difunto, medio costuró la herida, sólo por afán de impresionarnos cumplía sus leyes de *jkaxlanetik*; entre la

multitud el fanfarrón Andrés Pérez, el del nagual poderoso, quien goza de mala reputación en el pueblo, mostraba una extraña actitud viendo el cadáver, sonreía, de repente me quedó viendo, raro el asir de sus ojos. Por fin culminó su trabajo el viejo *jkaxlan*.

El primer Alcalde nos ordenó a dos *mayoletik* apoyar a la familia, ellos se despidieron y se retiraron. Fumamos y bebimos un poco de *pox*. Toda la noche el llanto, miradas fijas en aquel cuerpo inmóvil cubierto con una manta, rodeado de pequeñas luces de velas blancas y unas cuantas flores. El viejo Pérez salía y desaparecía en la oscuridad, después regresaba; transcurrieron las horas, antes de medianoche me encontré con él afuera, me dijo:

—¡Joven Manuel!, ¿qué haces aquí?, ¿a poco no me conoces?, ¿por qué no me hablas y me respetas?, ¿acaso no te vi nacer y crecer?, ahora eres el señor *mayol*, el señor carguero, peleando prestigio y honor con los grandes señores, ya veremos si cumples, ¡toma esta copa de trago! —me ofreció *pox*. Acepté para no seguir escuchando sus torpes palabras, tomé un poco,

en un descuido lo tiré al suelo, su voluntad era un presagio. La claridad de los astros celestiales atestiguaba mi suerte; mi corazón quería salir del pecho, se cubría de un intenso frío mi cuerpo, mi cabeza la sentía crecer de tamaño pero vacía. Me extrañó la actitud del viejo Pérez, jamás había cruzado palabras con él, tampoco le había faltado respeto, por su sobresaliente nombre lo distinguía. Mi cabeza fue invadida por un ligero dolor.

Antes que el sol extendiera sus primeras luces, el trabajo se acompañaba con rondas de *pox* y cigarro, vi como en los jóvenes y ancianos el calor de sus cuerpos se escapaba en forma de humo gris conjuntándose con el vapor del rocío que se consumía lentamente; apurados, varios hombres construían el ataúd del difunto.

Por esta vez había cumplido mi deber como próximo *mayol* del pueblo. Me despedí. Caminé rumbo a mi choza con mi corazón triste y extraño.

Por la vereda, bajo los grandes pinabetales, la supremacía de mi *ch'ulel* fue embriagándose de poder maligno, a cada paso el dolor se intensificaba arremo-

linándose con intenso miedo, más miedo, presentía la imagen del difundo, mis ojos llovían sangre, tropezaba con intestinos y vísceras ¡Oh Dios mío, qué pasa!, el intenso temor trataba de escapar en forma de vapor y agua de mi cuerpo, ¿qué me pasa ahora?, en mi vida siempre me ha acompañado la valentía y el orgullo. El florido cargo pareciera en vano, mi deseo morirá junto conmigo. Por fin me acerqué a mi casa, vi a mi esposa Lucía, escuché sus palabras:

—¡Dios mío, qué bueno que ya llegó!, ¿por qué tardaste tanto?

Sólo la vi, no pude responder sus palabras.

—¿Hombre, qué has de tener? ¿Por qué el susto te invade? ¿Por qué tanto sudor? —insistió.

Hice esfuerzo por contestar, no pude. Fui a acostarme, pero mi conciencia no me dejaba en paz, escuchaba las palabras del viejo Pérez, vi a Heladio Ortega, a Alonso, el temor atormentaba mi existencia. Mi esposa preocupada, me insistía:

—Ten, toma algo, el alimento te fortalecerá, has de tener hambre.

Hice esfuerzos por levantarme, mi cuerpo temblaba de miedo, apenas logré agarrar la jícara de pozol, bebí con ansiedad, sentí el alivio del sagrado maíz acercando un poco el horror y fortalecía mi esencia. Salí a sentarme al patio, vi ocultarse el sol entre los árboles.

De pronto el dolor y el miedo de nueva cuenta; comenzaron a moverse las milpas secas, las malezas se agitaban de un lado a otro, la casa de paja caía sobre mí, mis ojos distinguían hombres, jóvenes y niños bañados de sangre ocultándose, escuchaba voces, gritaban:

—Mira, ahí está el desgraciado Manuel Hernández, esperemos un rato, que no se escape, no lo pierdan de vista —se movían sigilosamente de un lado a otro, escondiéndose. Me puse de pie, retrocedí hasta la puerta, entré rápido a la casa, fui por mi escopeta y mi machete para defenderme y le avisé a mi compañera:

—¡Mujer, no salga, la casa está rodeada de malvados, nos matarán!

La pobre se asustó mucho, comenzó a espiar entre las paredes de tablas. Me aposté en una esquina de la casa con mis armas listas. Escuché muchas voces

amenazantes, mientras corría la noche se intensificaba la muerte. Distinguí a mi esposa saliendo a la puerta, se internó en la milpa, en los matorrales; después escuché su voz :

—Oye tú, hombre, ¿dónde está lo que dices? no hay nadie, todo está en calma, creo que estás mal, ve a guardar tu escopeta —me apoyé en su brazo, entramos a la casa, me senté frente al fuego. Recordé que el tabaco desecha la maldad, saqué un cigarrillo de entre mi ropa, comencé a fumar, vi el humo del tabaco convirtiéndose en cosas extrañas, las ollas, el metate, comenzaron a tomar vida: pequeños seres bañados de sangre, con los intestinos de fuera, los arrastraban de un lado a otro, sentía el olor a muerte, el mundo se convirtió en terror e infierno; me maldecían. Mi compañera poco a poco transformándose en el viejo Andrés Pérez con una escopeta en la mano, las amenazas ya no cabían en mi cabeza, mi cuerpo temblaba de miedo, la vi alistarse para atacarme; sin perder el tiempo salí corriendo, pero a unos metros de la puerta alguien me quiso detener.

—¡Suéltame, desgraciado!— disparé, cayó al suelo. Los demás malvados persiguiéndome, escuché pasos y voces amenazantes por todos lados, me cercaban, la muerte es más veloz que la vida; con dificultad crucé el gran cerro que nos arrulla desde muchos años; fue disminuido el poder de mi conciencia, el mundo convertido en silencio, una gran oscuridad me invadió; alcancé a escuchar algo extraño, arriba de mí el canto de un tecolote, levanté la mirada, un frondoso árbol me protegía, en el cielo la intensa claridad de la luna y las estrellas. Sí, un ave cantando mi delirio, respiré más fuerte, me puse de pie, “¿Dios mío, dónde estoy?, ¿qué me pasa?, ¿dónde está mi esposa?” di unos pasos, otra vez el mundo se oscureció totalmente, los malvados reaparecieron, ocultos entre los matorrales gritaban: “Ahí está escondido el desgraciado, mátenlo de una vez”. Me interné en lo más tupido de las montañas, al río *Yat ch'en*; corrí como salvaje fugitivo, con las manos libraba los matorrales, chocaba con los árboles, me caía y me levantaba, mis perseguidores jamás se separaban; un abismo en mi camino, inmensa la oscuridad al fondo, el viento me empujó más, más y más.

El frío era intenso, la helada cubría todo mi cuerpo entre aquellos pinabetales, solamente movía los ojos, me sentí descuartizado; quise gritar, no pude; mucho era el dolor en mi cuerpo, acompañado con intenso miedo; me sentí una rama rígida, vieja e inservible, solamente rodaba de un lado a otro; después no supe que pasó... Escuché una voz lejana, poco a poco acercándose, un canto, sí, un rezo, clemencia invocando a los dioses la defensa de mi *ch'ulel* en riesgo; cada palabra vibraba hasta mi alma, distinguí a un señor hincado frente de mí, con una jícara en la mano, elevaba su cántico rezo, después lo disminuyó poco a poco. En lo alto volaban aves buitreras, se alistaban para devorarme.

—Mujer, detenga el señor, le voy dar su *poxil*²⁴ —
expresó el hombre.

Algo líquido metió en mi nariz, casi me ahogó, al rato se fortalecía mi esencia. Reconocí a don Nicolás Gómez, luchaba por mi vida. El *boch*²⁵ lo colocó al suelo, pulsó mi mano, dijo con alegría:

²⁴Medicina.

²⁵Recipiente conocido como jícara.

—¡Oh Dios, logré salvarlo! Mujer, ayúdame, llevaremos a la casa al señor Manuel Hernández, se está recuperando —ordenó.

En poco tiempo don Nicolás y su esposa se quejaban de cansancio, casi me arrastraban rumbo a su casa; al llegar me acostaron y me cubrieron con una cobija, mi mente imaginaba cosas extrañas, acompañadas con intenso dolor en mi cuerpo, en poco tiempo escuché otra vez la voz del viejo Gómez.

—Señor Manuel, ¿cómo te sientes?

—No sé, como roto del alma, ¿qué hago aquí, sabe algo de mi esposa? —le pregunté.

—Mira Manuel, no te preocupes, ella vendrá a verte; en la mañana salí a buscar hierbas para medicina, ahí estabas tirado en las arboledas, inconsciente, ensangrentado, con espesa espuma blanca en la boca, pulsé tu mano, tu *ch'ulel* ya recorría los espacios de la sagrada tierra para despedirse, apenas logré liberarte, es muy fuerte el poderío de algunos señores de corazón maligno. Tu pulso me dijo que la intención del señor Pérez era acabarte con el *tsajal chujej*²⁶; lo hizo

²⁶Pócima que causa la muerte.

por envidia: tú tan joven ya junto a las autoridades, como primer *mayol* del pueblo; él se siente relegado, sin importancia en este *osil balamil* ¡qué bueno que no tomaste todo el trago!, estaba conjurado, tus trece palabras y tus trece flores las escuchó el *jnichimal jmu'k'ta totik*²⁷, él te protegió, —expresó el anciano—, sigue descansando, mandaré avisar a tu esposa.

—Gracias, señor.

Más tarde escuché una voz de mujer, con mucho esfuerzo logré levantar mi cabeza, ¡sí, era mi esposa!, sentí derretir mi corazón, en mis ojos brotaron lágrimas, lloramos, creí que jamás volveríamos a vernos, que nuestro orgullo de ser *mayoles* del pueblo era un sueño, me preguntó sollozando:

—Hombre, ¿qué te pasó?, cuando saliste de la casa corriendo quise detenerte, pero me disparaste, casi me atinas, te perdí de vista, con la claridad de la luna te busqué, te grité por todas partes, fue en vano, decidí que transcurriera la noche; en el día avisé a nuestros familiares, ahora te buscan por todos lados,

²⁷Florido Gran Señor.

ya avisamos a las autoridades; gracias a don Nicolás, él te salvó la vida.

Nuestras lágrimas no se detenían. Don Nicolás escuchaba con atención. Mi compañera y el señor Gómez me ayudaron a levantarme, fuimos a sentarnos a la orilla del fuego; mientras nos calentamos un poco, platicamos lo sucedido y de cómo fue vencido y recuperado mi *ch'uulel*. El anciano me quedó viendo, severo el semblante, preguntó:

—¿Qué piensas, Manuel, quieres que le regresemos su palabra, su intención el viejo Alonso Pérez?

—No, señor.

El anciano movió su cabeza de arriba abajo. En seguida fue a traer un manojo de diferentes hierbas y flores, con mucha delicadeza puso un poco en mi frente, otro tanto en la nuca, con un trapo blanco amarró mi cabeza; mientras la anciana arreglaba el copal, una vez listo, le dio a su esposo; éste, con el incensario en una mano y con las hierbas en la otra, comenzó a limpiar mi cuerpo, la fragancia del humo de copal y las flores fortalecían mi alma, mientras don Nicolás comentaba:

-La envidia rompe la vida; pero ayuda a comprender el sagrado *osil balamil*, a respetar a nuestro semejante; que sean fuertes sus esencias, como fuertes y precisas fueron tus trece palabras y tus trece flores a nuestro gran señor-. En seguida me dijo: -Si te sirve, te regalo mi bastón, puede fortalecer tu respeto y tu orgullo por servir.

La montada

*Sagrado gran padre
Sagrado gran señor
llegó el día
llegó la hora
Que baile bien el jaguar
Que brinque bien el toro
Que se alegra el corazón del cielo
Que se alegra el corazón de la tierra.*

El pueblo se bañó en sangre.

A unos pasos de la vieja casa de paja se escuchaba:

—*Tote sats'tote, chavauke, xmal k'ak'al kuxlej tote*— dijo el primer *menol*²⁸ Alonso, con respeto inclinando su cabeza hacia el viejo Antun K'ox; anciano de cabello y barba canosa, levantó la mirada, pero su encorvado cuerpo apenas le permitía ver bien el rostro de los visitantes, respondió:

—*La' tote, sats' tote, muk' xana'uke, xmal k'ak'al kuxlej tote*—dijo el viejo carguero, mientras se acercaba

²⁸Responsabilidad mediana en la estructura de cargos religiosos.

la abuela, la saludaron con amabilidad. A lo lejos, un sonido melodioso interrumpió la conversación, todo quedó en silencio.

—Señores, es mi nieto que regresa del pastoreo— mencionó el abuelo.

—¡Ah, su nieto! —, contestó el *menol* Alonso, retomando la plática, mientras por las montañas, en dirección donde nace el sol, se veían algunas vacas y toros, tras el rebaño el niño Jpetu K'ox y el armonioso sonido de la flauta de carrizo, despidiendo los últimos rayos del atardecer. El niño se aproximó a la casa con el ganado; el anciano invitó a los visitantes a pasar, al poco rato entro sonriendo Jpetul K'ox, de cabello espinado, sucio, harapiento, descalzo, sus doce años le hacen un niño con mirada inteligente, la delgadez de su cuerpo se envuelve con la red que cuelga de su espalda.

—¡Buenas tardes señores, buenas tardes madre, ya vine! —dijo el muchacho con alegría.

—Bien venido, buenas tardes hijito, ven criatura—, respondieron los señores casi en coro.

El joven Jpetul K'ox fue a colgar su pequeña red en *lukuch*,²⁹ guardó su flauta con la que alegraba a sus animales y a las montañas; con humildad besó las manos de los *menoletik*, de su abuelo y su abuela. Sin perder tiempo colocó *tz'omoletik*³⁰ para que descansaran los visitantes; el anciano y la anciana se sentaron en medio de la vieja casa para escuchar a los *menoletik*; éstos como si fueran a rezar, se hincaron frente a la pareja, uno al costado del otro; sus regordetes cuerpos cubiertos por chamarras grises colgadas de sus hombros hacían ver el rito aún más solemne, unieron las palmas de sus manos y las colocaron a la altura de sus corazones. El primer *menol* Alonso imploró:

—Dios mi gran Señor/ dios padre/ dios madre/
perdónenos/ venimos con humildad/ a postrarnos/ a
arodillarnos bajo sus manos/ bajo sus pies/ a ofuscar
sus corazones/ a ofuscar sus mentes/ no se disgusten/
no se enfaden/ la voluntad de nuestro San Sebastián
así lo desea/ Él sabe/ Él conoce que entre sus
pertenencias tienen un jaguar/ tienen un animal/ tie-

²⁹Horqueta de madera donde se sujetan las cosas.

³⁰Banco de madera para sentarse.

nen un toro que les han regalado/ ustedes conocen/
ustedes saben/ pasó las horas/ pasó los días/ llegó la
fiesta de nuestro padre San Sebastián/ queremos que
uno de su ganado vaya alegrar la fiesta, a nuestro gran
Señor.

La pareja de ancianos escuchaba atenta, sola-
mente seguían con los ojos el movimiento coordinado
de los *menoletik*, que parecían suplicar a los Dioses,
elevando sus palabras, sus morenos rostros y sus ma-
nos al cielo, luego poco a poco bajaban y doblaban la
cintura hasta casi besar los encallecidos y agrietados
pies de los ancianos, muestra de las arduas caminatas y
del paso del tiempo.

De repente, el primer *menol* sacó de su *jelob nuti*²,
de su pequeña red, una botella con *pox* y un poco de
tabaco y lo ofreció a sus anfitriones, el viejo K'ox, con
sus manos temblorosas recibió el regalo, lo puso en el
suelo, como si lo ofrendara a la tierra y agradecido
respondió:

—Señores, gracias, no se hubieran preocupado
por mí, no hubieran perdido su tiempo. Mi pequeña
producción, los pocos animales que tengo no son mí-

os, son de nuestro gran Señor, nuestro protector. Pueden disponer de uno de ellos para que él también vaya a pagar sus fechorías y su comida. No creo que se perjudique, no va a morir por servir al patrón San Sebastián.

Ya sentados los visitantes, el anciano ordenó a su nieto Jpetul que sirviera el *pox*. De esa manera aseguraron bien el compromiso. El Lucero, el más querido era el indicado para alegrar la fiesta en el *jteklum*. Una vez terminado el *pox*, los *menoletik* se despidieron de los abuelos y del niño, se perdieron en la oscuridad de la noche, con el corazón alegre porque consiguieron el animal para la montada en la fiesta próxima.

A esa misma hora, en *Ch'ate'tik*, no muy lejos de ahí, en la casa de los hermanos K'ulej, Sebastián, José, Andrés y Nicolás, terminaban de planear otro atraco.

A las diez de la noche, cuando el frío se adueñaba de las montañas, los malvados salieron de la casa de Sebastián, uno con hacha en el hombro y redes vacías, otro con sogas, dos de ellos con escopetas a la espalda. No siguieron el camino habitual. Sólo se les podía ver

cada vez que encendian y apagaban las viejas linternas bajo la oscuridad de los árboles, sigilosamente llegaron por detrás de la casa de don Antonio K'ox, directamente al corral del ganado, los perros no ladraron ni los toros mugieron; Sebastián y José sin perder tiempo, con destreza, lazaron al animal más grande, el Lucero; abrieron las trancas, todo iba de maravilla, habían dado resultado las anteriores visitas para consumir el robo, pero el Lucero tropezó con la puerta del corral y los perros comenzaron a ladrar.

—¡Nos oyeron!, si viene el viejo hay que darle su merecido de una vez —ordenó Sebastián en voz baja.

Los perros ladraban y corrían de un lado a otro para despertar a sus amos, uno de ellos quiso morder a Sebastián, pero éste le cortó la cabeza de un machetazo. Don Antonio se levantó con dificultad, jaló una chamarra y cubrió su cuerpo, recogió unas rajadas de ocote y las prendió en el fogón, abrió con mucho cuidado la puerta, caminó rumbo a donde escuchaba los ladridos y sorprendió a los ladrones, desesperado gritó con voz entrecortada:

—¡Señores!, no se lleven mi animal, por favor, por favor...

Sebastián K'ulej odiaba al anciano porque era consejero ritual del pueblo, apuntó su fusil y disparó sin compasión. El anciano K'ox se desplomó sin quejarse.

—¡Esperen, Andrés, ayúdame con este pinche viejo!—ordenó Sebastián.

Andrés y Nicolás se acercaron, sacaron sus machetes y al dejarlos caer con todas sus fuerzas en el cuerpo del anciano, se escuchó cómo tronaron sus huesos. Los hombres estaban bañados en sudor y salpicados de sangre, parecían bestias hambrientas.

—Vamos a acabar a la anciana —propuso Sebastián.

—No, el tiempo nos está ganando, vámonos —respondió José.

En la casa, la abuela y el niño Jpetul lloraban en silencio, al escuchar los disparos algo grave había sucedido.

Al cabo de un rato, cuando la noche quedó en calma, doña Xpet y su nieto salieron al corral alum-

brándose con un manojó de ocotes; el perro les lamía las manos y aullaba a su alrededor. Bajo sus pies sintieron la sangre caliente del anciano, se agacharon para mover el cuerpo, pero fue imposible, estaba hecho pedazos. Jpetul se sorprendió ante la facilidad de la muerte.

En la oscuridad de la noche se escuchaba la voz del pequeño Jpetul mezclada con llanto, llamando a los vecinos para que acudieran a ver a su abuelo. En poco tiempo llegaron las primeras personas, encontraron a la abuela y al joven inconsolables, velando el cuerpo de don Antonio.

Mientras los infames, con dificultad, se internaban con el animal en lo más tupido de la montaña. El Lucero negro ya no quiso caminar por más que le pegaban brutalmente. Entre cuatro hombres lo jalaban con sogas, fue inútil, el toro en un brinco escapó y echó a correr entre el monte. Quisieron perseguirlo para atraparlo de nuevo, pero la maleza y la oscuridad se hicieron cómplices.

Los asesinos comenzaron a insultarse, se culpaban uno a otros por haber perdido a su presa; desilucionados se convencieron de que esa no era su noche de suerte y regresaron a sus hogares enfadados.

En el solar de don Antonio las autoridades levantaban el cuerpo destrozado. Llegó el amanecer, todos lloraban y lamentaban la triste suerte del viejo. Uno de los presentes vio a un toro negro con las patas enlodadas acercarse al corral; arrastraba sogas, resollaba con furia, varios hombres y mujeres salieron a verlo; el animal se detuvo, empezó a mugir, movía la cabeza amenazante, asustado, sus enormes ojos parecían hablar, no se dejó quitar la soga y casi embiste a un hombre, los vecinos murmuraban, “¿Qué significa esto?” “¡Cómo se salvó el animal!”, “¿no será el nagual del difunto?”, sólo Jpetul pudo calmar al toro, el niño le habló con ternura y comenzó a tocar la flauta, de esa manera logró que la bestia entrara al corral.

Ese día el niño Jpetul no llevó a pastar el ganado al monte, tampoco tocó la flauta, fue al panteón a sepultar a su abuelo, su tristeza se convirtió en llanto, su sorpresa en desconsuelo.

El tiempo pareció detenerse en la casa de Jpetul y de doña Xpet, lloraban juntos por las tardes. En tanto, el Lucero se volvió agresivo y solitario, atacaba a sus compañeros e incluso a veces hasta a su pequeño amo, parecía embrujado; pero había que cumplir el último deseo del abuelo: que el animal fuera a alegrar la fiesta del *jteklum*.

Pasaron algunos días, una madrugada otra vez los perros despertaron a doña Xpet y Jpetul, ambos temblaban de miedo en su camastro, pensaron en los ladrones que volvían; pero se tranquilizaron al escuchar una voz que con respeto llamaba a doña Xpet; al salir la anciana encontró en el patio a cuatro jóvenes *mayoletik* vestidos de gala, uno de ellos dijo:

—¡Madre! Venimos a molestar. Nos mandaron los señores regidores y *menoletik*, si su mente y su corazón se compadece, de proporcionarnos un rato su animal para alegrar la fiesta de nuestro gran Señor, hoy es la montada. Sabremos respetar y cumplir la palabra del difunto don Antonio.

—Sí señores *mayoletik*, la desgracia nos acompañó con mi difunto esposo; su palabra es respetada y será

cumplida, llévenselo, solamente hagan favor de cuidarlo— expresó la abuela.

Doña Xpet y Jpetul acompañaron a los *mayoletik*, abrieron el corral; el Lucero al verlos acercarse rasgaba la tierra con sus patas delanteras, mostraba las astas, resollaba violento. El joven Jpetul se acercó al animal y le habló con ternura en un lenguaje que sólo ellos comprendían, así pudieron llevarse al Lucero.

En unas horas en el *jteklum* se reunió la gente para presenciar la fiesta, los asistentes vieron a la entrada del pueblo que venían los *mayoletik* con el toro negro, unos adelante, otros atrás del astado jalándolo con sus lazos, corrían los *mayoletik* de un lado a otro, casi se caían, sus fajas rojas, sus *bats'i vexik* volaban por diferentes lados, sus amplios sombreros colgaban en sus espaldas; muchos jóvenes con gritos de júbilo y alegría fueron a alcanzarlos.

Doña Xpet y Jpetul se medio arreglaron para presenciar el último compromiso de don Antonio. Aunque con el corazón destrozado, caminaron rumbo al pueblo, al llegar, fueron directamente al lugar de la

monta, frente al cabildo, se sentaron entre la gente; ya en esos momentos, alrededor del enorme corral en forma de cuadrado construido con maderas recién cortadas, los hombres sonreían, gritaban, balbuceaban en *bats'i k'op*³¹; alterados por el *pox* agitaban sus manos y chamarras colgados en las maderas y los postes, el ambiente era de fiesta, habían señoras paradas y otras sentadas para presenciar la montada, lucían sus *chukejoles*³² a la cabeza, los trajes impecablemente limpios. Platicaban entre sí, se les veía contentas.

Los viejos alcaldes y regidores con sus enormes *chuj* y bastones de mando en la mano, de donde colgaban listones multicolores, ordenaban preparar al toro Lucero, amarrado dentro del toril. Los *mayoletik* inmediatamente obedecieron; sujetaron al animal que mugía y mugía; se tiraba al suelo, una y otra vez, para levantarlo unos le rociaban *pox* en la nariz y en los ojos, otros le mordían la cola, algunos más quemaban cohetes para asustarlo; los *parcheroetik*³³ debían cruzarle el pe-

³¹Lengua verdadera.

³²Tocado de una mujer con faja roja.

³³Encargados de preparar al toro para la montada.

ron a decir, “¡pobre hombre, morirá!”, “¿ya viste? ¡no rezó!”, “¡Ay Dios mío, dónde están sus familiares!”, por fin soltaron a la bestia con el jinete en el lomo, los movimientos tan bruscos hacían de Sebastián K’ulej un muñeco de trapo, se movía de un lado a otro al ritmo del movimiento del animal, justo en uno de los potentes brincos, chicoteó el K’ulej contra las enormes astas del Lucero, a la altura del corazón; Sebastián comenzó a bañarse de sangre, poco a poco fue perdiendo fuerza y cayó, pero el pie derecho quedó atrapado en la faja roja y las sogas del animal, las manos y la cabeza golpeaban en la tierra seca, el Lucero siguió con más ganas, salpicaba de sangre a la gente, todos gritaban, veían cómo fue destruida la vida de aquel hombre, nadie intentó calmar a la bestia. Y el miedo aumentó cuando el toro con el jinete colgando dio un salto, saliendo del corral, rematando aún más al pobre hombre con el fuerte golpe contra las maderas; niños, niñas, mujeres, hombres y ancianos gritaban, corrían agitados por todas partes para esconderse. El Lucero ya en las calles del pueblo siguió brincando, pateando el cuerpo inerte. Los *mayoletik* perseguían al embrave-

cido animal con lazos en la mano, pero nada podían hacer. Un viejo alcalde se asomó entre la multitud acompañando de niño Jpetul K'ox, éste sacó su flauta, comenzó a tocar mientras caminaba en dirección de su Lucero, el toro se fue calmando poco a poco; ya cerca, con ternura le comenzó a hablar, el animal se detuvo, volteó a ver a su pequeño amo, Jpetul se encontraba frente a frente con la bestia que sólo movía la cabeza y las grandes orejas; los señores *mayoletik* se acercaron, temerosos lograron desatar el pie derecho del cadáver, lo acostaron a un lado de la calle; familiares y curiosos rodearon al difunto, casi en coro comenzaron los lamentos. Mientras Jpetul se alejó jalando a su Lucero, al toro le colgaba la lengua y espuma blanca le salía por el hocico. El corazón de Jpetul estaba seguro: el hombre que falleció fue el asesino de su abuelo.